

EL DESCUBRIMIENTO FREUDIANO

Sylvia De Castro Korgi (Editora)
Bogotá, Universidad Nacional de Colombia
2011



PRESENTACIÓN

Con ocasión del septuagésimo aniversario de la muerte de Sigmund Freud, ocurrida el 23 de septiembre de 1939, la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia organizó un evento que tuvo por finalidad presentar ante la comunidad académica y el público en general el pensamiento freudiano, con la convicción de que su lucidez y su alcance han trascendido los límites de su siglo.

Tal vez para nadie sea una novedad el carácter decisivo del descubrimiento de Freud, por la comprensión inédita que procuró de lo subjetivo y de lo social, y por las consecuencias que esta comprensión estuvo destinada a alcanzar en distintos campos del saber y en variados ámbitos de la cultura. De hecho, el descubrimiento de la determinación inconsciente de la vida psíquica, de su carácter conflictivo y su realidad sexual, no se limitó a la aplicación terapéutica, como hubiese podido esperarse, dado que la invención del inconsciente constituyó en principio una hipótesis necesaria para la explicación de los síntomas neuróticos. Después de haber encontrado que los procesos psicopatológicos no obedecen a leyes diferentes de aquellas que rigen los procesos llamados normales de la vida psíquica, Freud construyó una concepción del sujeto que no se limitó a la psicopatología. Para ilustrar este desplazamiento quizás baste con aludir al

sueño, al acto fallido, al recuerdo encubridor, es decir, al conjunto de la *psicopatología de la vida cotidiana*, título con el que Freud dio cuenta del alcance de su teorización.

Pero, además, la obra freudiana presenta una concepción del sujeto muy particular, en la que lo propio de la estructura psíquica se halla a tal punto afectado por la organización colectiva de la sociedad, que las modificaciones que tienen lugar aquí tienen consecuencias allá, sin que por ello cada uno de estos dos polos, el sujeto y lo social, se disuelva en el otro. Los mejores ejemplos de esta articulación son aquellos textos freudianos que discurren sobre la *moral sexual cultural*, *la psicología de las masas*, *el porvenir de una ilusión* y, por supuesto, *el malestar en la cultura*, sin olvidar sus reflexiones sobre acontecimientos que alteraban de manera alarmante la continuidad de los lazos sociales en la Europa de su siglo, tales como la primera gran guerra y el cumplimiento de la amenaza del nazismo, que lo llevó al exilio en Londres en 1938.

Freud tampoco se detuvo allí. La atención que prestó a los diferentes objetos de la creación humana, particularmente al arte y la literatura, pero también a los más variados campos del saber, proveyó al psicoanálisis de ideas y conceptos para indagar con ellos fenómenos tan solo aparentemente alejados de su propósito. Freud le imprimió al psicoanálisis una reconocida aptitud para aportar a la reflexión ilustrada y a la interlocución con otras disciplinas, cuyos alcances él mismo reconoció bajo la rúbrica del *múltiple interés del psicoanálisis*.

Como se habrá podido ver, el «programa» de reflexión sobre la experiencia humana que el psicoanálisis promete fue inaugurado por el mismo Freud. Nuestra apuesta al impulsar el seminario, del que aquí entregamos su memoria escrita, fue presentar las enseñanzas del saber freudiano en diálogo con algunos de los saberes en los que él incursionó, así como los desarrollos de algunas de sus hipótesis más decisivas en la comprensión de lo subjetivo y lo social.

Nuestro empeño se sostiene, de una parte, en la convicción de la vigencia del pensamiento freudiano y, de otra, en la certidumbre de la capacidad heurística de sus conceptos y del carácter crítico de sus formulaciones. En cuanto a lo segundo, vale la pena destacar su alcance, habida cuenta de la estrechez de los discursos en boga que reducen lo humano a determinaciones biológicas. Sin duda, estos discursos abanderan renovadas formas de *las resistencias contra el psicoanálisis* que, como siempre ha sucedido, no son ajenas ni a la audacia de sus presupuestos ni a la subversión que provocó.

En ese orden de ideas, en el artículo que da comienzo a este volumen, titulado «El descubrimiento freudiano», Javier Jaramillo afirma que cuando Freud —en la genealogía de Copérnico y de Darwin!— tuvo la osadía de presentarse como quien infligía la tercera afrenta a la humanidad, sabía muy bien qué decía. En efecto, sabía que el descubrimiento de los resortes inconscientes de la vida psíquica destronaba el pilar sobre el que el hombre sostuvo su privilegio: si el yo no era ya amo en su propia casa —según la célebre expresión del propio Freud—, su descubrimiento estaba llamado a producir una profunda transformación en la mentalidad del siglo XX. Así fue como aquello que inicialmente estaba restringido a los consultorios y las tribunas médicas lentamente se fue haciendo público y afectó los modos de pensar la vida cotidiana, las formas de relación, la comprensión del propio yo, los valores morales, lo religioso, lo social, etcétera.

Ahora bien, Jaramillo plantea que el valor del psicoanálisis no se limita a esa profunda transformación que en su momento desató las más violentas resistencias, sino que se sostiene en la vigencia misma del pensamiento psicoanalítico. En relación con las razones que explican esta vigencia, el autor señala aquello que podríamos llamar la más prolífica paradoja del proceder freudiano. Pues, de una parte, Freud quiso asegurarle largo aliento a su descubrimiento mediante su ubicación en el campo de las ciencias naturales, de otra parte, no violentó los hallazgos que su clínica le entregaba para ajustarlos al paradigma científico y, en cambio, fue capaz de seguir el camino que el desajuste le proponía. Lo que así emerge como verdaderamente revolucionario del campo del saber descubierto por Freud es el privilegio de lo singular. Lo singular encuentra su mejor expresión en el original hallazgo del sentido del síntoma y su consecuencia inmediata para Freud, cuando constata que el saber no le pertenece a él, al psicoanalista, como sí ocurre en el caso del científico, sino al sujeto: es el sujeto quien sabe... aunque no sepa, porque ese saber le es inconsciente. Es, pues, un saber sobre lo singular.

Este proceder freudiano de reconocimiento de un saber cuyo soporte se halla en el otro, no se limitó a la clínica, es decir a lo que Lacan llama la aplicación en sentido propio del psicoanálisis: «como tratamiento». El lector advertirá en esta frase la puerta de acceso a uno de los temas freudianos de mayor interés para el psicoanálisis y para los interesados en él. Se trata de las relaciones entre «Freud y la literatura», de las que Belén del Rocío Moreno se ocupa en el artículo así titulado. El gusto y el interés de Freud por la literatura se manifestaron desde muy temprano, ya en la época anterior a la creación del psicoanálisis. Tal como nos lo hace saber este artículo, durante el lapso de diez años, mientras Freud terminaba su bachillerato y

adelantaba sus estudios universitarios, adoptó como seudónimo el nombre de un personaje cervantino de «El coloquio de los perros»: Cipión. El recorrido por ese coloquio le permite a la autora establecer algunos nexos con el dispositivo analítico que Freud creó posteriormente. Ahora bien, una vez que la práctica y la teoría psicoanalíticas tuvieron inicio, Freud no dejó de frecuentar la producción de escritores clásicos y contemporáneos no solo para encontrar en ella la garantía de sus hallazgos clínicos sino, sobre todo, con el propósito de producir nuevas formulaciones sobre el alma humana convencido, como estuvo siempre, de que los poetas se le habían anticipado.

Y bien, vayamos ahora a la presentación de las tesis mayores acerca de la experiencia humana, tesis cuya afinidad con el descubrimiento del inconsciente no puede dejar de señalarse. Así lo hace explícito Carmen Lucía Díaz en su artículo «Freud, el inconsciente y la experiencia de lo corporal». En efecto, a partir del reconocimiento del poder de la palabra para curar —lo que no es sino la contraparte de su poder para enfermar—, Freud pudo situar el lenguaje como aquello de lo que se trata en el inconsciente y sus incidencias sobre el cuerpo; mejor aún, la acción recíproca entre lo psíquico y lo corporal, tan tajantemente distanciados en el pensamiento que inaugura la modernidad.

Podría decirse que esta acción recíproca señala una suerte de puente en el que toma asiento el concepto freudiano de pulsión. Desde entonces, las exigencias del organismo son aprehendidas en una dinámica en la que lo pulsional se aleja radicalmente del instinto, una perspectiva sin la cual sería imposible pensar la experiencia humana de lo sexual, por ejemplo: el carácter esquivo del objeto que aportaría la satisfacción, o el síntoma neurótico, que traduce una satisfacción sustitutiva. La autora señala las otras facetas en las que el cuerpo hace presencia para un sujeto, entre ellas, particularmente, la que corresponde a la imagen, desde donde dirige nuestra atención a esa formación psíquica de la que Freud dice que «es ante todo una entidad corporal»: el yo.

El valor subversivo de las tesis freudianas sobre la sexualidad, de cuyos efectos transformadores de la mentalidad del siglo XX no queda ninguna duda, difícilmente se captaría de no tener en cuenta el capítulo de la sexualidad infantil. En efecto, es de la sexualidad del supuesto inocente que Freud hablaba ya a finales del siglo XIX, hecho que provocó el escándalo y la indignación, pero también el comienzo de un nuevo discurso sobre los niños. En el artículo titulado «De la inocencia del niño a la sexualidad infantil», Yolanda López desarrolla las implicaciones de ese

develamiento situando, para empezar, la denuncia que Freud es llevado a formular de una suerte de denegación de aquello que la experiencia cotidiana informaba desde entonces a padres, médicos y educadores. En su recorrido histórico, la autora destaca la representación social del niño inocente que se configura desde el siglo XVI, y la paradoja que constituye, de un lado, la exaltación de la figura del niño angelical y, simultáneamente, el imperativo de prohibición de sus manifestaciones sexuales promovido por los moralistas, cuyo discurso se consolida en el siglo XVIII. El descubrimiento freudiano sobre este asunto no reside primordialmente, como nos lo hace saber el artículo, en el reconocimiento de la sexualidad infantil, tan ignorada hasta bien entrado su siglo, sino en el hecho mismo de que la sexualidad humana tiene en ella su punto de arranque y acusa recibo de esa impronta indeleble.

La importancia que Freud le otorga a la infancia, y que nada tiene que ver con un énfasis evolutivo, nos conduce a un concepto fundamental, del que Lacan decía en algún momento que sin su soporte el psicoanálisis habría sido más bien un delirio: el complejo de Edipo. El valor del Edipo, según el artículo que lo introduce en este recorrido, titulado «Freud: de la experiencia religiosa al complejo de Edipo», no radica en su versión de historieta de los amores y de los odios de los niños con respecto a sus padres, pues, así planteado, se diluye la función que cumple el padre como obstáculo frente a la realización del deseo incestuoso, es decir, como agente de la castración.

Este artículo plantea que Freud inventó el complejo de Edipo en un marco histórico ya signado por la muerte de Dios. En ese contexto, cuando se esperaba que los sujetos intentaran hacerse cargo de su angustia ante su desvalimiento y del anhelo de salvación que siempre habían depositado en el Otro divino, Freud comprueba que estos sujetos, que son los neuróticos, se dirigen con la misma expectativa a la figura de autoridad más cercana: el padre edípico. En ese desplazamiento, el artículo sitúa la aproximación entre la religión y la neurosis, que para Freud era una religión privada. Hasta aquí la presentación de *El descubrimiento freudiano*.

En el 2010, la revista de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, *Desde el Jardín de Freud*, llegó a su décima edición. En homenaje, el número 10 fue dedicado a la obra y a la memoria del fundador del psicoanálisis. Dada la conjunción de propósitos, decidimos incluir en el presente volumen el texto de la conferencia central del acto mediante el cual la Escuela presentó este nuevo número de la revista, titulado sencillamente «Sigmund Freud». Se trata del artículo «Sigmund Freud, el autor. *Para un trabajador celoso siempre habrá un lugar en las filas de la*

humanidad laboriosa», en el que Clara Cecilia Mesa plantea una pregunta sobre el lugar de Freud en la historia de la humanidad... laboriosa, en cuya indagación moviliza una buena parte de las discusiones contemporáneas sobre la figura del autor. El motivo más inmediato de su pregunta es el reciente levantamiento de las restricciones que protegen los derechos patrimoniales de autor de la obra freudiana, ahora que se han cumplido los 70 años de su muerte, lo que quiere decir que, en cuanto «patrimonio de la humanidad», su obra puede ser traducida y publicada por cualquier casa editorial. La cuestión es de todo nuestro interés, pues implica interrogantes relativos a los criterios de la publicación, al privilegio de una u otra arista del pensamiento freudiano, al cuidado o al desdén de su bello estilo literario, al respeto o no del vector político y combativo de esta prolífica obra.

Así las cosas, se comprende que el asunto no es una simple banalidad; muy por el contrario, alerta acerca de los destinos mismos del psicoanálisis, tanto más si contamos con la acertada apreciación de Foucault en el sentido de que quienes detentan el título de autores en el siglo XIX, cuyos ecos se dejan sentir a principios del siglo XX —Freud y Marx a la cabeza—, fueron «iniciadores de prácticas discursivas».

Si es cierto que la figura del autor nace cuando los textos fueron objeto de castigo y persecución, por cuanto disentían del pensamiento oficial laico o eclesial, ¿quién podría poner en duda la estatura de Freud, cuyos textos fueron quemados en la hoguera encendida por el nazismo? Este es, pues, en verdad, un autor hereje, como nos invita a pensar la profesora Mesa: un autor que removió los fundamentos filosóficos, psiquiátricos, religiosos... sobre los que se sostenía el orden establecido, pero un hereje ortodoxo, puesto que su obra fundacional es la fuente de un saber que guarda una conexión necesaria con la experiencia del sujeto y con las determinaciones históricas del inconsciente que inventó.

Sylvia De Castro Korgi

Profesora asociada

Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Autores

Javier Jaramillo Giraldo. Universidad Nacional de Colombia

Belén del Rocío Moreno Cardozo. Universidad Nacional de Colombia

Carmen Lucía Díaz Leguizamón. Universidad Nacional de Colombia

Yolanda López Díaz. Universidad Nacional de Colombia

Sylvia De Castro Korgi. Universidad Nacional de Colombia

Clara Cecilia Mesa Duque. Universidad de Antioquia

Affectio Societatis